

EDUARDO LÓPEZ JARAMILLO: LAS HUELLAS DE UN ESTILO INOLVIDABLE¹

Por Rigoberto Gil Montoya

Puede que al pretender algún tipo de aproximación a la obra de Eduardo López Jaramillo, las apreciaciones sean tan disímiles como los géneros que el autor frecuentó. Algunos podrían observar en la obsesión de sus temas el afianzamiento de una idea fija: lo clásico es lo único perenne. Y decir clásico era para el escritor, “lo intemporal”, esto es, lo griego y lo romano, aquel sustrato que permanece en las raíces de la cultura occidental, en cuyos pliegues se inventó la belleza en la desnudez del cuerpo, se convirtió en filosofía la nostalgia del ser por la naturaleza y se narró en tragicomedia los excesos del poder imperial. Otros podrían hablar de su inclinación a la poesía, lo que lo llevó a cultivar el género desde lo experimental –recuérdese *Lógicas y otros poemas* (1979)–, o desde su acercamiento a algunos de los grandes poetas contemporáneos –Cavafys, Ezra Pound– por vía de la traducción, o de lo que el propio López Jaramillo llamaba sus *versiones*. Pero en lo que sí podría haber un punto de encuentro es en el hecho de reconocer en este autor su estilo literario, quizá con escasos antecedentes en el contexto de la región. El de Eduardo López Jaramillo era una impronta, una marca que igual se rastrea en los libros, periódicos y revistas que se editaron bajo su cuidado; en su programa radial *Sólo a dos voces*, o en los textos narrativos, ensayísticos y poéticos que suman su amplia obra literaria, incluyendo la inédita.

El estilo, que es cosa bien difícil de definir, constituía en Eduardo López la extensión de sus hondas preocupaciones estéticas y filosóficas. Un estilo directo, poco adjetivado, elegante, proclive al aforismo, con frases cortas y siempre profundas, en virtud de las resonancias históricas que el lector puede hallar en ellas, y en los implícitos eruditos que lo llevaban, con admirable familiaridad, a desandar los caminos egipcios del poeta Akhenatón y su obsesión por el sol –ese “pálido espejo de la noche”, escribe López Jaramillo–, o a admirar los fastos de las cortes europeas que presenciaron, impertérritas, el hedonismo natural del marqués de Sade. Leerlo, es dejarse guiar por momentos históricos que él sabía narrar con magistral pericia. Cuando leemos en su prosa las circunstancias que envolvieron el suicidio de José Asunción Silva en Bogotá, o el asesinato de Federico García Lorca en Granada, sentimos la voz de alguien solidario con personajes a quienes seguramente consideraba excepcionales, extraños –por no decir excéntricos– a la época que los vio morir. Era quizá una solidaridad de esencia, acaso porque él también debió sentirse extraño a la época que vivió en Pereira y, sobre todo, extraño a los estilos que lo precedieron: el romanticismo, el costumbrismo y el realismo. Tal vez estaba un poco cerca de los Grecolatinos en algunos intereses

¹ Intervención del escritor y profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira Rigoberto Gil Montoya en el acto de Homenaje al escritor pereirano Eduardo López Jaramillo, realizado el 19 de marzo de de 2013 en la Cámara de Comercio de Pereira.

temáticos, pero muy alejado de ellos por su entera vocación artística, la misma que lo mantuvo siempre lejos de los escenarios del poder político.

Al referirse a su obra *Memorias de la Casa de Sade*, el escritor Gustavo Colorado escribió que uno de los méritos centrales de esta novela era la manera como Eduardo López dejaba de lado la descripción del personaje mórbido, con todo y su atractiva vida de escándalo, para centrarse en un “minucioso y preciosista trabajo de investigación” que le permitió ahondar en un bello cuadro de época, convulso en los estertores de la Revolución Francesa. Con lo difícil que resulta definir un estilo, insisto de nuevo, me atrevería a decir que el de Eduardo López Jaramillo era un estilo *minucioso y preciosista*, no exento de fina ironía, como cuando escribía sus *Glosas de ver pasar* en la prensa, y no exento de esa sabiduría que es propia en quien, como él, decidió, desde muy joven, ser borgesiano, es decir, conocer el mundo hurgando entre los anaqueles de muchas bibliotecas: la de Lovaina en Bélgica, la de Pittsburgh en Pennsylvania, o la de su casa de la novena en Pereira, alimentada por los libros que su padre pagaba por anticipado en la Librería Quimbaya, como lo recordara hace unos días su hermana Gladys López y esa dama excepcional de los libros, la señora Rosina Molina.

Quien cultiva un estilo se apropia de una parte del mundo. Esto que podría ser un eslogan publicitario, era sin embargo un modo de ser en el escritor López Jaramillo. Basta pensar en la serie de colecciones literarias que animó en la ciudad –la colección “El soto y su donaire”, la colección de “Escritores Pereiranos”–, para reconocer en ellas, en sus formatos, en sus contenidos, algo que llevaba su sello. Nadie podrá poner en duda ese magisterio. No sé si heredamos sus preocupaciones intelectuales. Difícil estar a su altura, a su espíritu concentrado en unos temas tan excelsos, que nos recuerda al Silva de *De sobremesa*, o al Pedro Gómez Valderrama de *La nave de los locos*. A nuestro favor, diremos que no es simple separarse de un país exótico y violento, que poco o nada le decía al autor de *El ojo y la clepsidra* en su laboratorio de escritura. Un aserto, de fina composición, que escuché de labios de uno de sus buenos amigos, el poeta Héctor Escobar Gutiérrez, podría resumir muy bien la distancia que López Jaramillo prefería mantener con el presente: “La última noticia de la se enteró Eduardo sobre una guerra, fue la del Peloponeso”, decía, entre risas, el heresiarca Escobar Gutiérrez. Lo que permanece de su magisterio es el llamado al rigor, a la conciencia frente al hecho literario, a la perfección como un propósito que debe obligar al escritor a hacer bien las cosas, sobre todo aquellas que están destinadas a un posible lector.

Rigor, conciencia de escritura, conciencia de lenguaje, son algunas de las virtudes que permean la obra narrativa y poética de Eduardo López. ¿Cómo logró dar el salto de la poesía a la narrativa sin perder, digamos, esa propiedad que en el poema se torna misterio y en la prosa se resuelve en fuerza provocadora? Tal vez sobre la base de un estilo equilibrado, una forma de decir que sin renunciar a la invocación de imágenes complejas, pudiera al mismo tiempo narrar unas acciones, un devenir, a la manera de

Álvaro Mutis, ese poeta narrador que tanto admiraba López Jaramillo. De ese equilibrio y de esa búsqueda por las formas, de esa sombra que persigue las empresas fracasadas de Maqroll, está hecho su libro de cuentos *Los papeles de Dédalo*, una serie de diez *narraciones* –así las denominó el escritor–, que fue publicada en noviembre de 1983, un año importante para la ciudad, porque es el año en que Hugo Ángel Jaramillo publicó en octubre su ambicioso trabajo, en dos tomos, sobre la historia de la ciudad, *Pereira: proceso histórico de un grupo étnico colombiano*. En el tomo II de esta amplia crónica, Ángel Jaramillo decía, muy a su manera, de Eduardo López lo siguiente: “Como autores pereiranos con algunos méritos que destacar en el cuento locatario, tanto por su calidad como por su continuidad del trabajo metódico, es necesario citar a Eduardo López Jaramillo, escritor de impecable manejo del idioma con corte literario clasicista y de gran formación humanística” (pp. 445-446).

Es posible que al hacer este balance parcial sobre la cuentística en Pereira y al incorporar a él un nuevo nombre, el de Eduardo López, el humanista Hugo Ángel Jaramillo sólo conociera del autor algunos cuentos y no la totalidad de los que integran *Los papeles de Dédalo*. Conocería, por ejemplo, “Buenos Aires, 1930”, que había sido publicado en la revista *Siglo 20* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas. Conocería “El que había de llegar”, que obtuvo un segundo premio en el concurso de cuento “Jorge Roa Martínez”, promovido por la Universidad Tecnológica de Pereira. En este mismo concurso obtendría el primer premio con su hermoso cuento “Fórmica”, una de esas narraciones memorables en que lo anecdótico –la muerte casi placentera de un joven invadido por el ácido fórmico de las hormigas– se confunde con lo epifánico, en tanto misterio de un hondo deleite. Quizá también conocía “La infancia de Claudio”, con el que López Jaramillo resultó ganador en un concurso promovido por Extensión Cultural del departamento de Risaralda. Basta la lectura de estos cuentos, desde luego, para tener la certeza, como la tuvo Ángel Jaramillo en su momento, de que, en efecto, destaca en la prosa de Eduardo López un *impecable manejo del idioma, con un corte literario clasicista*. Y a estas observaciones iniciales, agreguemos las expresadas con agudeza por la escritora Cecilia Caicedo en 1988 sobre *Los papeles de Dédalo*:

En esta obra es notorio su apego a lo clásico y su manifiesta impugnación de la realidad inmediata. Los asuntos e incluso los nombres de sus personajes no se relacionan para nada con el presente cercano. Son temas, asuntos y motivos de estirpe universal. Lo sorprendente de su obra cuentística es su temática. A manera de leit-motiv, soterrado y por lo tanto angustiosamente presente, trajina con la muerte y la reflexión intelectual a lo largo de prácticamente todos los cuentos.

Sobre *Los papeles de Dédalo*, su autor, en conferencia dictada en la Universidad Tecnológica de Pereira, subrayó que se trata de diez maneras diferentes de narrar, en donde a más de las formas convencionales de construcción se dan otros tratamientos, experimentales todos, que se eslabona unos en narraciones circulares, otros influidos por formulaciones joycianas, algunos seducidos por el juego matemático de su espacio visual” (p. 163).

Lo que la escritora Caicedo observó en las *narraciones* de Eduardo López se trasluce en virtudes de un narrador que trasciende lo meramente anecdótico, para rendir homenajes en clave a autores como Virginia Woolf, Borges, Joyce, el Cortázar de “Las babas del diablo”, el cuento que serviría de argumento para la película “Blow Up”, de Michelángelo Antonioni. O a autores caros a la mitología personal del escritor: Cicerón, Dante, Cummings, Paul Valéry, entre otros.

No deja de asombrar que un escritor pereirano publicara de pronto una serie de relatos sobre la base de juegos experimentales complejos, a partir de una experiencia culta de lectura que enriquece el sentido de su obra, tornándola indescifrable incluso en algunos pasajes, cuando en realidad no existen antecedentes en el medio de procedimientos estéticos y literarios tan refinados, salvo en la narrativa de Albalucía Ángel, especialmente en obras como *Girasoles en invierno* (1970) y *Dos veces Alicia* (1972). Por eso la obra narrativa de Eduardo López se ubica, para nuestro contexto, en una suerte de limbo, cuyo lugar en la tradición literaria puede resultar aún problemática, si en esa tradición enumeramos algunas de sus mayores tendencias: el romanticismo tardío de Alfonso Mejía Robledo, el costumbrismo raizal de Luis Carlos González, el realismo crítico social de Silvio Girón y Julio Sánchez Arbeláez, o la fuerza experimental de Alba Lucía Ángel. Tal vez por eso Cecilia Caicedo prefiera tildar la obra de López Jaramillo de “universalista”, queriendo señalar con ello, quizás, la dificultad de su relación con el medio.

No podía sorprender, entonces, que Eduardo López decidiera pasar al mundo de la novela, como expresión moderna, sin renunciar a sus obsesiones temáticas: la cultura egipcia y la cultura francesa, esta última por vía de un destino individual: el del marqués de Sade, un hombre que, como lo dijera el propio López Jaramillo, antes que revolucionario fue un rebelde. Rebelde porque se negó a aceptar la moral y el orden del mundo que su padre soñó para él. Rebelde porque convirtió el escándalo en una postura ética. Leemos en esta obra de López Jaramillo la suma de una actitud frente al hecho literario: el conocimiento de la cultura que exige una voz y el refinamiento de unas formas expresivas que exigen su propia gramática.

Ensayo histórico, cuadro de época, radiografía de costumbres cortesananas, la novela *Memorias de la Casa de Sade* resume las preocupaciones estéticas y filosóficas de un artista clásico, esto es, intemporal. Dijimos al comienzo de esta intervención lo difícil que resulta definir un estilo. Lo que sí puede ser más sencillo es reconocer las huellas de ese estilo, su trascendencia en el papel. Desde sus primeras páginas, *Memorias de la Casa de Sade* contiene un estilo exquisito en su refinamiento: “La vejez, que engendra tantas debilidades, en algunos mortales agudiza los privilegios de la memoria”, leemos en el primer renglón. “Mientras se alejaban los navíos, de puntillas sobre la playa e iluminados por la luna, ondinas, silfos, gnomos y salamandras deleitaron a la concurrencia con un gracioso ballet”, leemos en los últimos renglones de esta novela. Entre uno y otro renglón, deviene un sentido de lo estético, un sentido del arte

refinado, un sentido de la dimensión humana, una postura ética, en fin: un estilo inolvidable, como la moneda del Zahir en el relato de Borges. “quizá detrás de la moneda esté Dios”, dice Borges. “quizá detrás del estilo literario de Eduardo López esté la literatura como una de las bellas artes”, dice esta noche un lector agradecido con sus obras.

Referencias bibliográficas

Hugo Ángel Jaramillo (1983). *Pereira: proceso de un grupo étnico colombiano*. Tomo II. Pereira: Gráficas Olímpica.

Cecilia Caicedo de Cajigas (1988). *Literatura Risaraldense*. Pereira: Gráficas Olímpica, Colección de Escritores Pereiranos, Vol. 6.

Eduardo López Jaramillo (1983). *Los papeles de Dédalo*. Pereira: Gráficas Olímpica, Colección de Escritores Pereiranos, Vol. 2.

Eduardo López Jaramillo (1995). *El ojo y la clepsidra. Ensayos literarios*. Pereira: Fondo Mixto para la cultura y las artes de Risaralda.

Eduardo López Jaramillo (2010). *Memorias de la Casa de Sade*. México: Ediciones de Sin Nombre.

Gustavo Colorado Grisales (2013). “Memorias de la Casa de Eduardo”.
Dirección: <http://miblog-acido.blogspot.com/>

Cámara de Comercio,
Pereira, 19 de marzo de 2013